

Hernando Alvarado Tezozómoc y su tiempo

José Rubén Romero Galván
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

La conquista de la Nueva España y la caída de México-Tenochtitlan, en particular, fueron acontecimientos cuya violencia se hace evidente para quien se acerca a los testimonios de la época. Los indígenas vieron cómo se derrumbaba su mundo y se imponían nuevas formas de vida. Las estructuras políticas, la sociedad, la religión, la lengua y la cultura, en su sentido más amplio, fueron objeto de cambios forzados que se desprendían de la victoria de los recién llegados.

Los miembros de la nobleza indígena, que hasta entonces habían ocupado los sitios más importantes en la sociedad y la política, vieron que el lugar que habían tenido por propio, sobre el que sólo habían estado los dioses, quedaba supeditado, en régimen impuesto por los españoles, al poder y la autoridad de estos. Ciertamente, los conquistadores vieron en los nobles, desde muy pronto, un instrumento adecuado para gobernar de manera efectiva a las comunidades indígenas, pues estos conocían la lengua, los mecanismos de poder y las formas de tributación. De esta manera los *pipiltin*¹ lograron conservar mucho del poder que habían ejercido antes de la llegada de los hispanos. Junto con esos cargos recibieron tierras y la tarea de recaudar los tributos. Estos últimos privilegios los

¹ *Pipiltin*, plural de *pilli*. Significa hijo o príncipe y ha sido traducido al español por noble.

colocaron en una situación privilegiada desde la que accedieron a beneficios diversos pues, por un lado, los indígenas de sus pueblos sujetos realizaban los trabajos que requería la producción de las tierras que les había mercedado la corona y que eran resabios de aquellas que habían poseído en la época prehispánica. Por otro lado, la recaudación de los tributos que llevaban a cabo les permitía guardar para ellos, de manera fraudulenta, una parte de los mismos, con lo que enriquecían sus arcas y aseguraban sus economías. Además, los cargos que recibían les aseguraban continuar disfrutando, en calidad de autoridades intermedias y por lo tanto, hasta cierto punto, de una posición política que otrora habían ocupado.

En 1556 ascendió al trono Felipe II. Las políticas regias de este monarca significaron para la nobleza indígena cambios paulatinos, lentos y definitivos, que a la postre significaron para muchos la pérdida del estatus que habían logrado en los años posteriores a la conquista. Poco a poco se vieron desplazados de sus antiguos puestos de gobierno, se les prohibió beneficiarse del tributo en trabajo con lo que perdían toda posibilidad de hacer productivas sus tierras con la mano de obra que hasta entonces les habían proporcionado los hombres del pueblo. La posibilidad de recaudar tributos y beneficiarse de manera fraudulenta de una parte de ellos se perdió también junto con los cargos políticos de los que eran desplazados. Todo ello significó un muy notorio deterioro de la situación que habían ocupado en la política y en la sociedad novohispana.

Entre esos nobles hubo quienes enviaron cartas al rey y al Consejo de Indias dando cuenta tanto de su penosa situación, como de los servicios que ellos

y sus padres y abuelos habían rendido a la corona y que los hacían merecedores de prebendas y privilegios. Otros, muy pocos, de manera más discreta, optaron por la escritura de historias en las que narraban el devenir de los antiguos señoríos que habían gobernado sus mayores, dejando en claro que, antes de la llegada de los españoles, el grupo al que pertenecían había sido inmensamente poderoso, rico y respetado. Con ello apelaban a los derechos que les asistían para continuar disfrutando de los privilegios que paulatinamente iban perdiendo.

Tales cronistas nacieron todos después de la conquista, lo cual significa que no fueron testigos presenciales de tal acontecimiento; que, al fin nobles, recibieron una educación que combinaba elementos de la antigua cultura con otros que eran propios de la europea, y que disfrutaron (ellos en los personal o sus familias) de los beneficios económicos y políticos que trajo consigo el reconocimiento de su estatus por parte de las autoridades españolas.

Hernando Alvarado Tezozómoc se cuenta entre dichos historiadores. Era noble por los cuatro costados, por sus venas corría la sangre de los *tlahtoque*, de México-Tenochtitlan. Su madre fue Francisca de Moctezuma, hija del *tlahtoani* Moctezuma Xocoyotzin, y su padre, quien era nieto de Axayácatl, fue Diego Huanitzin, gobernador de Ecatepec en el momento de la conquista y que tiempo después gobernó la parcialidad indígena de la Ciudad de México. No se sabe a ciencia cierta dónde ni cuándo nació Hernando Alvarado Tezozómoc. Al respecto sólo se pueden hacer algunas conjeturas. Es muy posible que haya venido al mundo en la Ciudad de México, cuando su padre fungía como gobernador del sector indígena de la misma. Ello implicaría dos cosas: primero, que debió nacer

en la casa paterna, en el barrio de San Juan Moyotla, donde se encontraba la sede de esa gubernatura indígena; segundo, que tal nacimiento debió ocurrir entre 1537 o 1539,² cuando su padre Diego Huanitzin inició sus funciones al frente de la mencionada parcialidad, y 1542, cuando éste murió.³

Conocemos algunas fechas vinculadas por la vida de Hernando Alvarado Tezozómoc. Proviene de diversas fuentes y constituyen los únicos vestigios, además de sus obras, de su paso por este mundo. Sabemos que alrededor del año de 1598 ocupaba un cargo de intérprete o “lengua” —como solía llamárseles— posiblemente ante la Real Audiencia de México, pues participó en un alegato de tierras del pueblo de Quauhquilpan, sujeto a México, localizado en la región de Tolcayuca, en el actual estado de Hidalgo. Así nos lo permite saber el llamado *Papel de tierras de Quauhquilpan*, del que se conserva un bello traslado en la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología. En dicho documento se halla el retrato de un hombre vestido de negro a la usanza española y cubierto con una gran capa roja, a cuyos lados se lee: “nahuatlato albarado” que se ha supuesto hace alusión al cronista.

En ese mismo año de 1598 se supone que Tezozómoc se encontraba escribiendo la *Crónica mexicana*, según se desprende de una referencia cronológica con la que el autor establece una correlación con el año en que estaba

² Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpain, “Séptima relación”, en *Diferentes historias originales*, en *Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi*, ed. y estudio introductorio de Ernest Mengin, Copenhague, Emar Munksgaard, 1949, v. 3, f. 204, dice que Huanitzin ocupó el cargo de gobernador de Tenochtitlan en 1537. Tezozómoc, por su lado, para el mismo acontecimiento da el año 1539, Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, 3a. ed., trad. de Adrián León, Universidad nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1998, XXVII-188 p. (Primera Serie Prehispánica, 3), p. 168.

³ Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica...*, *op. cit.*, p. 169.

redactando la obra. De la operación aritmética entre ambas resulta, precisamente, 1598. Se trata del pasaje en el que el autor alude a la construcción del acueducto que debía conducir el agua del manantial llamado Acuecuexco, que se encontraba en Huitzilopochco, al sur de la Ciudad de México-Tenochtitlan. Esta empresa tuvo un final desastroso pues el agua llegó a la ciudad con tal fuerza que la anegó y fue necesario el auxilio de buzos para controlar, desde el venero original, el agua que amenazaba con seguir inundando la ciudad. Esto ocurrió, según dice la *Crónica mexicana*, “no abrá mas de ciento y veinte y ocho años, poco mas o menos, que serían del nascimiento de N[uest]ro Rredentor XesoX[rist]o por el año de 1470.”⁴ De la suma de ambas cifras, 128 y 1470, resulta, como se apuntó arriba, 1598, año que se ha propuesto para la escritura de la obra en cuestión.

Un dato muy interesante lo constituye una referencia que hace Chimalpahin Cuahlehuantizín –autor originario de Chalco, quien vivía en el barrio de Xóloc, al sur de la ciudad— a una representación que se hizo para que el virrey viera cómo era Moctezuma. Este dato además de informar algo sobre la vida del autor, permite asomarse a la cotidianidad de la Ciudad de México, en la que las fiestas, mascaradas y representaciones eran más frecuentes de lo que pensamos. En esta referencia aparece Tezozómoc como representante de su abuelo Moctezuma. Esto ocurría dos años más tarde del tiempo en que escribía la *Crónica mexicana*.

Martes a 15 de febrero del año 1600. Don Juan Cano de Moctezuma, español, mostró como era Motecuhzomatzin; lo representó en farsa don Hernando Alvarado

⁴ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, 4a. ed., ed. facsimilar de la de 1864, anotada por Manuel Orozco y Berra, precedida del *Códice Ramírez*, México, Porrúa, 1987, 712 p. (Biblioteca Porrúa, 61), cap. LXXXIII, p. 349.

Tezozomocztin; lo llevaron en andas y (bajo) palio, para eso hicieron contruir casa frente a donde se rinde vasallaje, por eso vinieron a la puerta del Tecpan. Se dignó a hacer acto de presencia del virrey y también se divertieron los castellanos.⁵

Nueve años más tarde, en 1609, Tezozómoc redactaba un texto de contenido histórico que quedó integrado a la *Crónica mexicáyotl*⁶ en el que, a diferencia de la *Crónica mexicana*, se menciona a sí mismo diciendo:

Y ahora en el año de 1609, yo, don Hernando Alvarado Tezozómoc, nieto de la persona que fue el *Huey tlahtohuani* Moteuhczoma Xoxóyotl, quien gobernó y rigió aquí, en la gran ciudad de México Tenochtitlan, que provine de su apreciada hija, mi venerada madre, la persona de doña Francisca de Moteuhczoma, cuyo esposo era la persona don Diego Alvarado Huanitzin, mi progenitor, mi venerable padre. En verdad soy hechura de ellos, su hijo que aquí me menciono...⁷

En este pasaje, además de dar cuenta de la nobleza de su cuna, el autor informa que en ese año, 1609, se encuentra escribiendo el texto en cuestión, cuando acumulaba casi siete décadas de edad. De acuerdo con las fechas mencionadas, Hernando Alvarado Tezozómoc, habría escrito sus obras, habría participado en una farsa, representando a su abuelo Moctezuma, y fungiría como intérprete de la Real Audiencia entre los sesenta y los setenta años de edad. Todas estas actividades lo muestran como un individuo activo y profundamente relacionado con la vida de la capital del virreinato, que en tiempos anteriores a la conquista había sido el eje rector del vasto "imperio".

⁵ Chimalpahin, *Diario* (Manuscrit mexicain n° 226), Bibliothèque Nationale, Paris, microfilm.

⁶ La *Crónica mexicáyotl* ha sido atribuida, por este pasaje, a Hernando Alvarado Tezozómoc. Hoy sabemos, a partir de lo que muestra el llamado *Códice Chimalpahin*, que se trata de un texto escrito en su mayor parte por el cronista chalca Chimalpahin con algunos pasajes de Alonso Franco, mestizo, y de Hernando Alvarado Tezozómoc.

⁷ Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica...*, *op. cit.*, p. 7.

Respecto de su formación intelectual no tenemos mayores noticias y constituye, por ello, un verdadero misterio. No sería equívoco considerar que ya desde la casa paterna habría recibido una formación que, con toda seguridad, se inscribía en las antiguas tradiciones educativas prehispánicas y muy de acuerdo con la nobleza de su cuna. La rigidez de esta educación fue sin duda una de sus principales características, por lo que de algún modo recordaría aquella que sus antepasados habían recibido en el Calmécac, institución dedicada a la formación de la élite gobernante. Aprendió sin duda las formas elegantes de la lengua náhuatl, propias de su nobleza, así como infinidad de bellas frases de cortesía que sus antepasados habían incluido en su trato cotidiano. De sus parientes ancianos debió, asimismo, aprender la historia de sus antepasados y la lectura de los antiguos códices donde estaba registrada la historia del señorío de sus mayores. La formación que recibió en su hogar, impregnada de la antigua realidad indígena, que a raíz de la conquista se transformaba a pasos agigantados, le permitió sin duda identificarse de manera profunda con la cultura de sus antepasados y se encuentra en la base de su producción historiográfica.

Por otro lado, muy pronto, debió acudir a algún convento de la ciudad de México para recibir de los frailes una catequesis elemental y es muy posible que haya asistido después al Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Es cierto que respecto de esto último carecemos de toda información: no la hay ni en sus crónicas ni en la documentación del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco que ha llegado hasta nosotros. Esta suposición se funda en que, como hemos dicho, todo apunta a que nació hacia 1537. Por ello, su edad escolar coincidió con el apogeo

del colegio tlatelolca que los franciscanos habían abierto en 1536. Siendo, como en efecto lo era, su cuna en verdad ilustre, difícilmente no habría sido “colegial”. No obstante que estos elementos, en mayor o menor grado, apuntan hacia el hecho de que Tezozómoc fue alumno de Santa Cruz, el problema permanece sin solución.

Respecto de si Tezozómoc se casó, ninguna información ha llegado hasta nosotros, tampoco sabemos si tuvo hijos o no. Es sólo el cronista quien se manifiesta siempre en sus obras, dejando en un plano muy posterior su vida familiar y cotidianidad.

La pertenencia a una familia tan noble como la suya, había permitido a Tezozómoc entablar relaciones con otros descendientes de los antiguos *pipiltin* que, como él, estaban interesados en la historia antigua. Tal sería el caso del cronista chalca Chimalpahin, quien nació en 1575 y que desde 1593 vivía dedicado al servicio de la ermita de San Antonio Abad, en Xóloc, a extramuros de la ciudad de México. Teniendo en cuenta estas fechas, cuando Tezozómoc escribía su *Crónica mexicana*, Chimalpahin tenía veinte años de edad y cinco de vivir en San Antonio y cuando había cumplido los treinta, el cronista nieto de Moctezuma se hallaba escribiendo el texto que posteriormente el propio Chimalpahin integró al manuscrito que elaboró de la *Crónica mexicáyotl*. Por otro lado, vale traer de nuevo a cuento la mención que Chimalpahin hace en su *Diario* de la participación de Tezozómoc, en 1600, en la farsa que se hizo para que el virrey tuviera una idea de cómo había sido Moctezuma. Las posibilidades de que el cronista chalca presenciara dicha representación son muy grandes, pues en sus

escritos se muestra profusamente interesado en la vida de la ciudad de México y deja ver que fue testigo presencial de muchos de los acontecimientos que narra. Años más tarde, después de 1609, cuando Tezozómoc aún vivía, Chimalpahin elaboró el manuscrito de la *Crónica mexicáyotl* en el que incluyó el texto de Tezozómoc que arriba se citó. Es claro que el autor chalca poseyó este manuscrito, acaso porque el propio Tezozómoc lo puso en sus manos. Si bien es cierto que mucho de esto queda en el campo de las suposiciones, debemos reconocer que los indicios apuntan a que en efecto hubo algún acercamiento entre ambos cronistas, posiblemente hacia el final de la vida de Tezozómoc, cuando Chimalpahin se encontraba ya escribiendo sus obras.

Las posibilidades de que el cronista Tezozómoc haya conocido a Cristóbal del Castillo y a Fernando de Alva Ixtlixóchitl son muy grandes, aunque no hay referencia alguna en ninguna de las obras de estos cronistas. Tómense en cuenta los intereses comunes y en el caso del segundo el hecho de haber ocupado diversos cargos vinculados con pueblos indígenas en la administración virreinal, lo que debió ponerlo en contacto con el nahuatlato autor de la *Crónica mexicana*, quien, con seguridad participó en no pocos asuntos y alegatos. Sin embargo, no hay elementos que nos permitan asegurar nada al respecto.

En tanto nahuatlato o “lengua”, Tezozómoc debía traducir los testimonios y acusaciones que los indígenas presentaban en náhuatl ante las instancias oficiales y debió, por ello, estar muy al corriente de los caos en los que estaba implicada la nobleza indígena, en una época en la que este grupos social veía degradarse a pasos agigantados su antiguo *status*. No cabe la menor duda

respecto de que el mismo Alvarado Tezozómoc compartía con los miembros del grupo noble la situación que los conducía a su desintegración y a confundirse, paulatinamente, con el otro grupo indígena, el de los macehuales, al que antes habían gobernado –ya en otro trabajo nos hemos referido a este proceso de disolución social de la nobleza.⁸

No existe dato alguno respecto de cuándo ocurrió la muerte de Hernando Alvarado Tezozómoc. La última fecha que tenemos respecto de su vida es el año 1609, cuando escribía el texto que quedó finalmente integrado a la *Crónica mexicáyotl*. Tomando en cuenta que ya por entonces, según las fechas que hemos propuesto para su nacimiento, contaría con un poco más de setenta años, suponemos que su muerte aconteció en algún momento dentro de los diez años siguientes. El tiempo se ha encargado de borrar toda huella sobre el fin de la vida de este cronista.

La vida de Hernando Alvarado Tezozómoc es muy de tener en cuenta para entender mejor su producción historiográfica. No comprenderíamos cabalmente su *Crónica mexicana*, ni aun el texto salido de su pluma que quedó integrado en la *Crónica mexicáyotl*, de no considerar su elevada posición en tanto descendiente de los antiguos *tlahtoque* de México-Tenochtitlan. Tampoco podríamos penetrar tales obras sin valorar la medida en que su posición en la sociedad novohispana le permitió acceder a una muy rica formación en dos nutridas vertientes culturales, la prehispánica y la europea, tanto como las ricas tradiciones históricas provenientes del pasado anterior a la conquista.

⁸ Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpain, “Séptima...”, *op. cit.*, f. 119v.-220r.